

LA NECESIDAD ES UN PATO

Josep Llobera Capllonch

II

Eran las siete menos cuarto de la tarde, la luz ya escaseaba pero aún dejaba ver el cielo nublado con su color gris triste característico. No llovía pero el aire era húmedo y la atmosfera, pesada.

Fui a clase aun sabiendo lo que me esperaba, pero ya era un día aburrido así que no me importaba. Sin embargo el profesor empezó a hablar y al minuto ya me arrepentía de haberme refugiado de aquella oscura tarde, bajo el techo de aquella aula cuyas paredes me mecían como si de una cuna se tratara. Poco a poco el silencio ensordecía la explicación que yo no habría sabido diferenciar de una nana. Los párpados pesaban doscientas, trescientas, cuatrocientas toneladas, su masa iba en aumento cuanto más me resistía. Y allí estaba yo, en la que parecía una posición tentadora, solo en la última fila. Pero quien estuviera presente sabía que aquello era un martirio pues sólo había quince sillas, siete ocupadas, ocho vacías. Así que no importaban sus dioptrías ni cuán gruesas fueran sus lentillas, no importaba la veracidad de mi disimulo, la nobleza de mis motivos ni la mezquindad de los suyos; mis párpados, mi guillotina.

Todo, absolutamente todo, tiene su momento. Hasta la propia felicidad cuando es inoportuna puede convertirse en un alambre de espino. Como la cuna de barrotes candentes, afiladas púas y afilados muelles. ¡Como la nana que me flagela cada vez con más furia y menos pena!

Pero caigo rendido, yo ignorante pecador, ¡mas me alzo vividor a cada paso más sabido! Pues es en el pecado, amigo mío, donde yace el perdón, donde sucumbe y muere el arrepentimiento, donde nace y prospera el amor...

Eso fue lo que sentí durante los cinco minutos en los que se me permitió escapar de la obtusa realidad y vislumbrar una inconsciencia clarividente. Me sentía virtuoso, inspirado, relajado. Pero el profesor, malhumorado, no pudo evitar tirarme la tiza con fuerza e ira al ver mi boca rebosando babas de placer mientras en mi mente se deslizaban palabras, palabras que en mi humilde parecer eran sabias. A todos se nos queda esa cara de estúpidos ante el conocimiento desnudo. Pero yo, que tengo mal despertar, entonces estaba furioso, airado, trastornado. Me hervía la sangre en la cabeza y expulsaba vapor rojizo por las orejas cual tren descarrilado, ¡y por la nariz, cual toro bravo! Agarré con fuerza la mesa sin pensar y la lancé a su calva cabeza con la fuerza bruta de un animal.

Desde fuera pareció un acto frío, casi sádico me describieron los ojos desconcertados y atemorizados de aquellas personas vulgares que, por primera vez en cuatro años, dejaron de

tomar apuntes. Aquel altercado no entraba en los exámenes finales de la próxima semana y, de haberlo hecho, habrían sido capaces tal vez de describir los hechos, pero incapaces de extraer enseñanza alguna, de encontrar la causa y de intuir siquiera una consecuencia más lejana que la mera expulsión universitaria. Estaban condenados a aprender blanco sobre verde.

Aunque fue un acto que todavía aún describo de locura, decidí en aquel momento atribuírselo a la consciencia. Nunca me había sentido mejor y no quería quitarme mérito. Entonces, en el más absoluto silencio, fingiendo serenidad con una media sonrisa y un andar seguro, salí de aquella clase, no sé si completamente diferente pero sí algo cambiado.